



Sábado Santo: ¿revivir o resucitar?

Juan Ignacio Vara

Antes era “de gloria”. Ahora es de silencio. Porque tú estabas guardado en una roca, con guardias importados y otros nativos, que no podías reventar la fiesta del Sabat y peor en la Pascua. Tu gente, llorando por los rincones. Las Marías y otras se movieron todo el día para comprar aceites y perfumes, por si les permitían quitarle un poco de muerte a su muerto. Los asesinos, celebrando su victoria; Pilato, que no acaba de despertarse tras haber tomado pastillas para poder dormir. Jerusalén, en sábado, fiesta en la mayoría de las casas, luto en unas pocas.

Siempre es así. Las familias y los amigos de los asesinados pasan por la ignominia del silencio, que “algo habrán hecho” para que los maten. Es triste, maestro querido y callado. Y, más triste aún, que algunas veces hayan matado en tu nombre, porque previamente habían asesinado tu palabra y se habían reído de tus pretensiones de amor.

En este sábado santo de 2020 hay un silencio de cementerio en las calles de nuestras Jerusalén. Dentro de las casas, las gentes tratan de mover al tiempo, porque saben que están lejos los encuentros y los abrazos. Tú, Cristo de todos, también estás callado, encerrado entre tubos, prisas, paracetamol, ambulancias, lágrimas... Eres un Cristo plural y planetario, como el Dios que te atraviesa y que se hace pequeño y sufriente... Estos días, Jesús de todos, hasta la muerte juega contigo; se lleva a algunos de los miembros de ese cuerpo total que tú eres y no puede con otros. Y se han multiplicado las Marías, madre incluida, para que a unos no les falten las sábanas que los cubran ni a otros la fuerza para seguir luchando por vivir.

Tú siempre esperaste que el Padre, que parecía que te había olvidado, te abriera bien los brazos, porque ibas con una pila de cristos de ambos sexos que se habían visto obligados a adelantar el viaje a su casa. Estamos seguros de que sus habitaciones estaban preparadas, como la tuya, que en el no-tiempo del Padre nunca hubo que hacer cola para su abrazo.

Mira: la de Magdala, tu madre, tu tía, la madre de Santiago y Juan y alguno que las ayuda, piensan ir a preparar tu cadáver para poder hacerte un funeral como Dios manda una vez que termine la Pascua. Ellas no esperan ni siquiera que vuelvas como tu amigo Lázaro. Pero no voy a adelantar acontecimientos. ¡Hay en ellas tanto amor! ¡Hay en ellas y en ellos hoy tanto amor, tanta conciencia de no haber amado lo suficiente, de no haber valorado los abrazos mucho más que los kilómetros turísticos, que estaríamos dispuestos a quedarnos sin cosas a cambio de que nuestros muertos de estos días regresaran, como tu amigo, aunque sea solo a saludarnos! Pero no será así.

¿De qué nos serviría regresar a hacer lo mismo de siempre, a pensar el mundo como la casa de unos cuantos y la perrera de otros muchos? ¿A vivir como si hubiera personas de primera, segunda, tercera división y regional? ¿A gastar nuestro esfuerzo en montar estructuras de poder económico, militar, científico y religioso que se las puede llevar un pilche virus desorientado? ¿A creer que el mundo termina en nuestro patio y que el sol de cada día es de propiedad privada? ¿Nos enseñarás cómo es vivir resucitado?

No sé si las mujeres me dejarán acompañarlas mañana en la madrugada. Mientras tanto, me quedo en el silencio de todas las familias de los muertos y los acompaño, ahora que nos hemos quedado sin templo y hay que hacer muchos a la medida nuestros corazones. Se lo dijiste a la chica de Sicar junto al pozo, ¿recuerdas?